

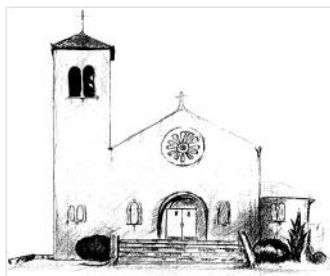
COMISIÓN DE PASTORAL LITÚRGICA
Parroquia de San Pedro Mártir de Verona

Subsidio para orar en familia

18° Domingo del Tiempo Ordinario
(Ciclo C)



- Después de la emergencia sanitaria -



Domingo 31 de julio, 2022

RITOS INICIALES

Reunida la familia en el lugar más acorde que hayan dispuesto para la celebración (hay que prever un pequeño altar: con un crucifijo, el cirio pascual o un par de velas encendidas, y un signo que recuerde el tiempo de pascua) y en un ambiente de silencio y recogimiento interior y exterior, tiene lugar la siguiente celebración que podrá ser guiada por quien haga cabeza en la familia.

Puede entonarse un canto apropiado, o el siguiente:

*Dios está aquí,
tan cierto como el aire que respiro,
tan cierto como la mañana se levanta el sol,
tan cierto porque yo le canto y me puede oír (2)*

1. Lo puedes sentir a tu lado en este mismo instante,
lo puedes llevar muy dentro de tu corazón.
Lo puedes sentir en ese problema que tienes.
Dios está aquí, si tu quieres le puedes seguir.

Terminado el canto, el que guía dice:

En el Nombre del Padre † del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden: Amén.

Saludo

Luego el guía dice:

Bendigamos a Dios Padre, que nos reúne en nombre de Cristo para que unidos con toda la Iglesia estemos en comunión los unos con los otros por la fuerza de su Espíritu Santo.

Todos responden:

Bendito seas por siempre Señor.

Enseguida, hace la siguiente monición:

Todos necesitamos las cosas imprescindibles para la vida, pero nuestra experiencia humana nos sigue recordando sin cesar lo que Jesús, hace mucho tiempo ya, nos dijo en el evangelio: ¡El acumular riqueza no da la felicidad! La alegría de vivir no depende de graneros llenos o de abultadas cuentas bancarias. La calidad de vida y su alegría dependen más bien de la medida de nuestro amor al Señor y a los hermanos, y también de nuestro compartir generoso con los demás lo que el Señor nos ha regalado. Así es cómo nos volvemos ricos a los ojos de Dios. -En esta celebración pedimos al Señor que nos otorgue alegría y felicidad auténticas, junto con su profunda amistad.

Súplica de perdón

A continuación, el guía, invita a todos a pedir perdón, conscientes que quien necesite celebrar el sacramento de la Penitencia lo ha de buscar al paso de la contingencia sanitaria.

El guía invita al arrepentimiento:

Con demasiada frecuencia hemos cifrado nuestra felicidad y nuestra vida en cosas que son totalmente perecederas. Pidamos al Señor que nos perdone por ello.

Se hace una breve pausa de silencio.

Después el guía dice:

Señor Jesús, tú eres nuestra vida, y quieres que vivamos persiguiendo valores perdurables:

R. *Señor, ten piedad.*

Cristo Jesús, tú eres rico en misericordia, y quieres que nosotros seamos también ricos en perdón y en amor:

R. *Cristo, ten piedad.*

Señor Jesús, tú nos trajiste libertad, y quieres que nos liberemos de la codicia y que estemos libres para servir a Dios y a los hermanos:

R. *Señor, ten piedad.*

El guía concluye con la siguiente plegaria:

Ten misericordia de nosotros, Señor, y líbranos de la esclavitud del pecado. Haz que pongamos nuestra confianza sólo en ti y llévanos a la vida eterna.

Todos responden:

Amén.

Acabada la súplica de perdón, el guía dice la siguiente oración:

Ayuda, Señor, a tus siervos, que imploran tu continua benevolencia, y ya que se glorían de tenerte como su creador y su guía, renueva en ellos tu obra creadora y consérvales los dones de tu redención. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Todos responden:

R. Amén

Puede proclamarse el himno del Gloria.

LITURGIA DE LA PALABRA

Lecturas del día, opcionales:

1ª Lectura: Del libro del Eclesiastés (Cohélet) [1, 2](#); [2, 21-23](#)

2ª Lectura: De la carta del apóstol san Pablo a los colosenses [3, 1-5](#). [9-11](#)

Como preparación a la escucha del Evangelio, y permaneciendo de pie, un miembro de la familia proclama el siguiente salmo, diciendo:

Oremos con el Salmo:

del salmo 89, 3-4. 5-6. 12-13. 14 y 17

R. Señor, ten compasión de nosotros.

Tú haces volver al polvo a los humanos, diciendo a los mortales que retornen.
Mil años son para ti como un día, que ya pasó; como una breve noche. **R.**

Nuestra vida es tan breve como un sueño; semejante a la hierba,
que despunta y florece en la mañana y por la tarde se marchita y se seca. **R.**

Enséñanos a ver lo que es la vida y seremos sensatos.
¿Hasta cuándo, Señor, vas a tener compasión de tus siervos? ¿Hasta cuándo? **R.**

Llénanos de tu amor por la mañana y júbilo será la vida toda.
Que el Señor bondadoso nos ayude y dé prosperidad a nuestras obras. **R.**

Puede dejarse un momento de silencio contemplativo.

Antes de la proclamación del Evangelio se canta: *Aleluya, Aleluya, Aleluya.*

Entonces el que guía dice: **Escuchen hermanos el santo Evangelio según san Lucas** 12, 13-21

En aquel tiempo, hallándose Jesús en medio de una multitud, un hombre le dijo: "Maestro, dile a mi hermano que comparta conmigo la herencia". Pero Jesús le contestó: "Amigo, ¿quién me ha puesto como juez en la distribución de herencias?"

Y dirigiéndose a la multitud, dijo: "Eviten toda clase de avaricia, porque la vida del hombre no depende de la abundancia de los bienes que posea".

Después les propuso esta parábola: "Un hombre rico obtuvo una gran cosecha y se puso a pensar: '¿Qué haré, porque no tengo ya en dónde almacenar la cosecha? Ya sé lo que voy a hacer: derribaré mis graneros y construiré otros más grandes para guardar ahí mi cosecha y todo lo que tengo. Entonces podré decirme: Ya tienes bienes acumulados para muchos años; descansa, come, bebe y date a la buena vida'. Pero Dios le dijo: '¡Insensato! Esta misma noche vas a morir. ¿Para quién serán todos tus bienes?' Lo mismo le pasa al que amontona riquezas para sí mismo y no se hace rico de lo que vale ante Dios". **Palabra del Señor.**

Todos aclaman:

Gloria a ti, Señor Jesús.

Luego el que guía los invita a sentarse y guardar un momento de silencio.

Puede leer la siguiente reflexión:

Reflexión

Este domingo la enseñanza de Jesús se refiere precisamente a la verdadera sabiduría y está introducida por la petición de uno entre la multitud: “Maestro, dile a mi hermano que comparta conmigo la herencia”. Jesús, respondiendo, pone en guardia a quienes lo oyen sobre la avidez de los bienes terrenos con la parábola del rico necio, quien –habiendo acumulado para él una abundante cosecha– deja de trabajar, consume sus bienes divirtiéndose y se hace la ilusión hasta de poder alejar la muerte. El hombre necio, en la Biblia, es aquel que no quiere darse cuenta, desde la experiencia de las cosas visibles, de que nada dura para siempre, sino que todo pasa: la juventud y la fuerza física, las comodidades y los cargos de poder. Hacer que la propia vida dependa de realidades tan pasajeras es, por tanto, una pura y llana necedad.

El hombre que confía en el Señor, en cambio, no teme las adversidades de la vida, ni siquiera la realidad ineludible de la muerte: es el hombre que ha adquirido “un corazón sabio”, como el de los santos... Como bien lo sabemos, empeño común de los santos fue siempre el de salvar a las almas y servir a la Iglesia con sus respectivos carismas, contribuyendo a renovarla y a enriquecerla. Estos hombres adquirieron “un corazón sabio” (Sal 89, 12) acumulando lo que no se corrompe y desechando cuanto irremediabilmente es voluble en el tiempo: el poder, la riqueza y los placeres efímeros. Al elegir a Dios, poseyeron todo lo necesario, preguntando desde la vida terrena la eternidad y dando en todo momento un testimonio claro de que: “Todas las cosas, absolutamente todas, son vana ilusión” (Ecl 1, 2)

El Señor nos ofrece la oportunidad de apartarnos de los caminos habituales y de reencontrar paz y reposo en los bienes que no pasan ni pierden su valor. Jesús nos enseña a acumular riquezas no en la tierra, sino en el cielo, de manera que busquemos crecer en la fe y en las buenas obras... Para los cristianos, el verdadero tesoro que debemos buscar sin cesar –como nos lo recuerda hoy San Pablo– se halla en “las cosas de arriba, en los bienes del cielo, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios” (Col 3, 1-3). ¡Que logremos “despojarnos del hombre viejo y revestirnos de Cristo”, como hemos oído tan atinadamente también en la segunda lectura de la carta a los Colosenses! (Sintetizado de: Benedicto XVI, *Ángelus* - Septiembre 1, 2010).

Enseguida, juntos hacen la profesión de fe, que en el contexto del tiempo de Pascua puede ser con el llamado “de los apóstoles”.

Guía: El Señor Jesús resucitado, nos da su luz para redescubrirlo presente aún en medio de la adversidad. Iluminados por esa luz, y como signo de comunión con nuestros hermanos en la fe, digamos juntos:

Creo en Dios, Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor,
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen,
padeció bajo el poder de Poncio Pilato
fue crucificado, muerto y sepultado,
descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos,
subió a los cielos
y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.

Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna.
Amén.

Preces

Luego el guía continúa, con las preces.

Las lecturas de hoy nos inspiran a buscar lo que es importante para Dios y remplazar la avaricia con la generosidad. Con corazón generoso oramos ahora por las necesidades de todos nuestros hermanos y hermanas.

Después de cada petición diremos: ***Júzganos según tu misericordia, Señor.***

Lector:

1. Por la Iglesia, para que seamos un modelo de generosidad, dando gratuitamente de nuestra abundancia a aquellos que pasan necesidades. **R.**
2. Por los líderes de las naciones ricas, para que se inspiren a compartir los recursos de su respectiva nación con otras naciones donde la gente sufre por la pobreza. **R.**
3. Por todos en esta misma nación que carecen de vivienda, tienen hambre o son pobres, para que las personas que viven con exceso se decidan a ayudarlos una vez se den cuenta de que la vida no consiste en tener bienes. **R.**
4. Oremos por los que están lejos de sus hogares, por los viajeros, por los que se encuentran en peligro, para que el Señor les conceda un ángel que los proteja y los aleje de todo mal. **R.**
5. Por el cese de la violencia con armas de fuego a través de la nación y en nuestras comunidades. **R.**
6. Por nuestra comunidad parroquial, para que nos empeñemos en dar de comer a los que tienen hambre, proveer vivienda a los que carecen de ella y auxiliemos a los pobres aquí localmente y alrededor del mundo. **R.**
7. Por los enfermos de nuestra parroquia, por todos los que sufren de Covid-19, y por todos los que han muerto durante esta pandemia. **R.**

Después el guía, inicia la oración dominical con estas palabras.

Guía: Llenos de alegría por ser hijos de Dios, digamos confiadamente la oración que Cristo nos enseñó:

Y todos juntos prosiguen:

Padre nuestro...

Luego el guía invita a los presentes a desear la paz entre ellos. Evitando el saludo de manos, pueden realizar un signo externo para manifestar este deseo.

Comunión espiritual

Una vez expresado el deseo de la paz, tiene lugar la Comunión espiritual. Entonces el guía dice:

Guía: Recordemos que la “la más perfecta participación en la celebración eucarística es la Comunión sacramental recibida dentro de la misa” y que, la Comunión espiritual que “es una práctica de devoción eucarística y que consiste en el deseo ardiente de decirle a Jesucristo cuánto queremos recibirle en nuestro interior”, a diferencia de la comunión sacramental, ésta viene a ser un acto de deseo, que requiere nuestra disposición interna que debe contribuir eficazmente en nosotros para aumentar la sed de Dios y disponernos para que pronto lo recibamos sacramentalmente.

Por ello, con este firme deseo digamos juntos:

Creo, Jesús mío, que estás verdaderamente en el Santísimo Sacramento del altar; te amo sobre todas las cosas y deseo recibirte en mi interior. Pero ya que ahora no puedo hacerlo sacramentalmente, ven al menos espiritualmente a mi corazón. Y como si ya hubiera comulgado, te abrazo y me uno todo a Ti. Señor, no permitas que me separe de ti.

Después de un momento de silencio sagrado, se concluye con la siguiente oración.

Guía:

Acompaña, Señor, con tu permanente auxilio, a quienes renuevas con el don celestial, y a quienes no dejas de proteger, concédeles ser cada vez más dignos de la eterna redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos aclaman: Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

Luego el guía invoca la bendición de Dios, y al mismo tiempo que él se santigua, los demás también lo hacen, diciendo:

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

Todos aclaman. Amén.

Puede concluirse con el siguiente canto:

*Adiós, Reina del cielo,
Madre del Salvador.
Adiós, oh, Madre mía.
Adiós, adiós, dios.*

1. De tu divino rostro
me alejo con pesar;

permíteme que vuelva
tus plantas a besar

2. Adiós, Reina del cielo,
Madre del Salvador,
dulce prenda adorada,
de mi sincero amor.